

de un modo vergonzante, ni tampoco la *Tragedia Policiana*, impresa aquel mismo año, y en la misma oficina, con tres octavas del mismo corte, que bien leídas sólo indican que Hurtado fué el corrector de la edición y que pide perdón por las erratas que pueden encontrarse:

Y si algún error hallases mirando,
Supla mi falta tu gran discreción,
Pues yerra la mano y no el corazón,
Que aqueste lo bueno va siempre buscando.

El que, al parecer, quiso adjudicarse la paternidad del *Palmerin*, llamándole *fruto, trabajo y atrevimiento* suyo, fué el mercader de libros Miguel Ferrer, que en un enfático prólogo dirigido a su Mecenas, Galasso Rótulo, después de haber enumerado los grandes capitanes y excelentes artífices «que han sido aficionados a escribir y en tiempos hurtados de sus trabajos han sacado maravillosas historias recreando sus animos en cosas delicadas, dando a los que despues dellos venimos doctrina y dechado», se pone modestamente en el número: «Todo esto he dicho a vuestra magnificencia para excusarme que siendo hombre que deprendi arte para sustentar la vida, ocupe mi tiempo en *escribir hystorias*».

Si Miguel Ferrer no hubiera tenido otra intervención en el libro que la de pagar los gastos de la edición para especular con ella, habría razón para calificarle de imprudente plagiario, pero todo puede conciliarse suponiéndole traductor. Al cabo, la traducción era *fruto, trabajo y atrevimiento* suyo, y había empleado su tiempo en *escribir* con palabras castellanas aquella historia. Las expresiones son vagas de intento, y hay sin duda un conato vergonzante de apropiarse el libro; pero si omitió el nombre del autor original, fué acaso porque no le conocía. El *Palmerin* portugués que llegó a sus manos, impreso o manuscrito, y que tradujo con la rudeza y desmaño propios de un hombre inculto, estaba anónimo probablemente.

Pero en la misma obra revelaba el autor no solamente su patria portuguesa, sino hasta su historia personal e íntima. «Quien estudia el *Palmerin* (dice Odorico Mendes) reconoce a cada paso la complacencia con que se extiende en los loores de aquella tierra y la preferencia en que la tiene sobre todas las de España; reconoce que Moraes, tan abundante en las descripciones, se esmeró más en las de Portugal, y no perdió ocasión de exaltar a sus naturales, *tal vez con quiebra de los demás españoles*». Miraguarda, una de las principales heroínas del libro, es portuguesa, y la predilección con que el autor la trata a pesar de su carácter soberbio, altivo, áspero y cruel, contrasta con las liviandades que atribuye a una pobre reina Arnalta de Navarra y a las hijas del duque Calistrano de Aragón. No tienen término los elogios de la *belicosa* Lusitania, «provincia entonces poblada de muchos y muy esforzados caballeros, donde, por virtud del planeta que la rige, los hubo siempre muy famosos». Hay menudos detalles de topografía local muy significativos. El castillo de Miraguarda existe hoy mismo con el nombre de castillo de Almourol, donde el autor le puso, cerca de Tancos y de Thomar. La leyenda que en el *Palmerin* se refiere acerca de este castillo y el de Cárdiga es de seguro un cuento popular.

Pero lo que pone el sello a la demostración son los capítulos CXXXVII a CXLVIII, en que se refiere cierta aventura de cuatro damas francesas, apellidadas Mansi, Telensi, Latranja y Torsi, siendo castigada la soberbia y coquetería de esta última por el príncipe Floriano del Desierto, hermano de Palmerin, que emplea un procedimiento análogo al

de *El desdén con el desdén*. Pues bien la señora Torsi es personaje real, y si no la misma aventura, otras muy semejantes acontecieron con ella al hidalgo portugués Francisco de Moraes, que fué víctima de los desdenes de aquella presuntuosa doncella, por la cual había concebido una vehemente pasión cuando estuvo en París desde 1541 a 1543, como secretario del embajador don Francisco de Noronha, segundo conde de Linhares. Francisco de Moraes, en el discurso que tituló *Desculpa de uns amores* (1), hace en forma directa una confesión, que nos da la clave de este episodio del *Palmerin*. Y como este episodio se halla, no sólo en la edición portuguesa de 1567, en que Moraes descubrió su nombre, sino en el texto castellano de 1547, donde también ocupa once capítulos, no es posible admitir que Ferrer ni nadie escribieran antes que él cosas tan íntimas suyas y que a él solo interesaban. La presencia de este elemento personalísimo en la novela quita toda duda sobre su autor, aunque no lo persuadiese el estilo, que en la versión castellana es muy flojo y en portugués de calidad superior, quizá la mejor prenda del libro.

Que apareciese la traducción antes que el original es caso raro, pero no único en los anales de la bibliografía; sin salir de estos pleitos entre castellanos y portugueses, le tenemos también en la *Nise lastimosa* de Fr. Jerónimo Bermúdez (1577), impresa antes que la *Castro* de Ferreira (1598). Nadie puede negar la posibilidad de que el manuscrito de Moraes llegase a Toledo, pero todo induce a creer que la edición de 1567 no es la primera del *Palmerin* portugués. El que reimprimió esta novela en 1786 dice en su prefacio: «En la copiosa librería del convento de San Francisco de esta ciudad (Lisboa) se conserva, aunque muy estragada y faltá, una edición de esta obra en caracter entre gótico y redondo, *que da algunas muestras de ser impresa fuera del Reino*». Esta edición, que sin fundamento alguno da el prologuista por segunda, ¿no podría ser la primera, hecha en París muy probablemente? No puede decirse con certeza, porque, al parecer, ese ejemplar ha perecido.

Pero el punto principal está fuera de litigio. De la vida de Francisco de Moraes se sabe muy poco, pues hasta se disputan el lugar de su nacimiento Lisboa, Braganza y otros pueblos. Dicen que murió asesinado en 1572 en la puerta del Rocío de la ciudad de Évora.

Pero si hay algo relativamente claro en su biografía, es el tiempo y circunstancias de su viaje a París, que es precisamente la época de la composición del *Palmerin de Inglaterra*, del cual es único e incontrastable autor, aunque, siguiendo la costumbre de sus colegas en este género de literatura, le supusiese traducido de antiguas crónicas. Dice así en el prólogo, dirigido a la infanta doña María, hija del rey D. Manuel: «Yo me hallé en Francia los días pasados, en servicio de D. Francisco de Noronha, embajador del rey nuestro señor y vuestro hermano (D. Juan III), donde vi algunas crónicas francesas e inglesas: entre ellas vi que las princesas y damas loaban por extremo la de D. Duardos, que en esas partes (es decir en España) anda trasladada en castellano y estimada de muchos. Esto me movió a ver si hallaría otra antigualla que pudiese trasladar, para lo cual conversé en París con Alberto de Renes, famoso cronista de este tiempo, en cuyo poder hallé algunas memorias de naciones estrañas, y entre ellas la cronica de Palmerin de In-

(1) «*Desculpa de huns amores, que tinha em Pariz com huna dama Francesa da Rainha Dona Leonor, per nome Torsi, sendo Portugues pella qual fez a historia das Damas Francesas no seu Palmerin*». (Al fin del tomo III de la edición portuguesa del *Palmerin de Inglaterra*, hecha en 1786, donde están reimpresos sus *Diálogos*, cuya primera edición (póstuma) es de Évora, 1624).

glaterra, hijo de D. Duardos, tan gastada por la antigüedad de su nacimiento que con asaz trabajo la pude leer».

Desmintiendo una vez más el vulgar proverbio que afirma la inferioridad de las segundas partes, escribió Moraes un libro que deja a larga distancia al *Palmerin de Oliva*, al *Primaleón* y a todos los de la misma familia: libro que para los portugueses es un texto de lengua de los mejores que tienen en prosa, aunque no deja de fatigarles a ellos mismos la cadencia algo monótona y acompasada de los períodos y la afectación retórica, que poco o nada se disimula, especialmente en las descripciones. De todos modos sería gran temeridad decir como Clemencin que «allá se van ambos Palmerines». El de Inglaterra tiene estilo, y de calidad no vulgar; el de Oliva, si no tan detestable como Cervantes da a entender, es por lo menos adocenado y pedestre, sin ningún género de estudio ni artificio de dicción. Y si el estilo no es la única prenda en una novela, nadie puede negar que sea parte muy principal, y que sirve de piedra de toque para distinguir las obras verdaderamente literarias de las que no lo son. Dentro de su elegancia un poco amanerada, Francisco de Moraes tiene trozos que pueden servir de modelo: en vano se buscarían en el *Palmerin de Oliva* descripciones tan pulidas y galanas como la del jardín de la *Insula Encubierta*; cuadros de tan brillante color como el incendio de la flota musulmana y los combates que se riñeron en el cerco de Constantinopla; invenciones fantásticas tan felices como el desencanto de Leonarda por el caballero del Dragón, o la aventura de la copa mágica donde estaban congeladas las lágrimas de Brandisia, esperando que viniese a liquidarlas la mano del caballero que más fiel y profundamente amase a su dama.

Pero si de los episodios interesantes, aunque no todos nuevos; de los rasgos de ingenio, que no son escasos; de las páginas bien escritas, que son muchas, se pasa a la fábula misma, es imposible para un lector moderno suscribir al juicio encomiástico de Cervantes, cuya crítica, como genial e intuitiva que era, no podía menos de tener los caprichos propios de la crítica de los grandes artistas. Ni acierto a comprender cómo el brasileño Odorico Mendes, humanista de fino gusto y hábil intérprete de Virgilio, pudo hacer tan desafortunada apoteosis del *Palmerin de Inglaterra*, que a sus ojos era un poema épico en prosa como el *Telémaco* y los *Mártires*, atreviéndose a comparar a Moraes nada menos que con el divino Ariosto. Ni en el plan, ni en los caracteres, ni en los afectos, ni en la máquina sobrenatural, ni en la mayor parte de los lances y aventuras tiene el segundo *Palmerin* cosa alguna que no se encuentre hasta la saciedad en todos los libros de su clase. Si alguna originalidad se le concede, sólo puede consistir en los recuerdos personales y en cierto espíritu cáustico y desengañado respecto de las mujeres, nacido quizá de los desvíos y burlas de la señora Torsi. La relativa perfección y tendencia clásica del estilo no trascienden a la composición, que es tan floja y descosida como en cualquier obra de Feliciano de Silva. El interés se divide entre una porción de caballeros, a cual más incoloros. En el protagonista se repite el eterno tipo de Amadís, como el de su hermano Galaor en Floriano del Desierto, enamorado perpetuo e inconstante; como el de Florisel, disfrazado de pastor en Florimán. El encantador Arcalaus tiene nueva encarnación en Dramusiando, aunque por fin se convierte y hace cristiano. Urganda la Desconocida reaparece con todos sus prestigios. Florendos, el caballero de las Armas Negras, resiste a los halagos de la reina Arnalta por amor de Miraguada, como Amadís a los de la reina Briolanja por amor de Oriana. En suma, el *Palmerin de Inglaterra* yacería confundido entre el farrago de libros de su género si no le salvase el estilo y no le hubiese hecho famoso la recomendación de Cervantes. Así y todo, cuesta verdadero es-

fuerzo terminar la lectura de los tres gruesos volúmenes de que consta en la edición portuguesa más estimada (1).

Como este segundo *Palmerin* se enlaza directamente con el *Primaleón* por medio del personaje de D. Duardos, no he hecho mérito de las peregrinas historias de *Don Polindo* (1526) y del *caballero Platir* (1533), que algunos cuentan como libro tercero y cuarto de esta serie, aunque en rigor son novelas independientes. En lengua portuguesa continuaron el *Palmerin de Inglaterra* con poca fortuna Diego Fernandes, que escribió la *tercera y cuarta parte* (1587), y Baltasar Gonzales Lobato, a quien se deben la *quinta y sexta* (1604). En estos libros fastidiosísimos puede enterarse quien tenga valor para ello de las empresas de un segundo D. Duardos, hijo de Palmerin, y de D. Clarisel de Bretaña, su nieto.

Estas últimas partes portuguesas apenas circularon fuera de la Península, pero todas las demás crónicas de esta familia fueron puestas en italiano por el infatigable Mambrino Roseo (1544-1553), añadiendo todavía la historia del caballero *Flotir*, hijo de Platir, que dice traducida del castellano, pero que hasta ahora no se conoce en nuestra lengua. Al francés tradujo Juan Maugin, en 1546, el *Palmerin de Oliva* (2); Francisco Vernasol y Gabriel Chapuis el *Primaleón* (1550-1597), y Jacobo Vincent, en 1553, el *Palmerin de Inglaterra*. Sobre las traducciones francesas e italianas se hizo la inglesa que lleva el nombre de Antonio Munday (3), aunque, según Southey, sólo en parte le pertenece (1581-1588-1589); siendo de notar que el traductor inglés alteró el orden de la serie, poniendo primero el *Palmerin de Inglaterra*. Si bien las novelas de este ciclo han sido menos leídas en tiempo que los *Amadises*, todavía prestaron inspiración a algunas obras literarias. El fecundísimo poeta veneciano Ludovico Dolce, siguiendo el ejemplo de Bernardo Tasso en su *Amadigi*, versificó enteros el *Palmerin de Oliva* y el *Primaleón* en dos poemas en octavas reales, el primero de treinta y dos cantos y el segundo de treinta y nueve, que trabajó con celeridad increíble en el corto plazo de dos años (1561-62) y yacen hoy en el olvido más profundo (4). Finalmente, el erudito poeta inglés Roberto Southey, que con tanto arte y buen gusto había compendiado el *Amadís de Gaula*, llevó a cabo la misma tarea con la obra de Moraes, tomando por base el texto portugués, cuya originalidad adivinó y defendió antes que nadie (5).

(1) *Cronica de Palmeirin de Inglaterra, primeira e segunda parte, a que se ajuntano as mais obras do mesmo autor*. Lisboa, 1786, tres tomos en 8.º prolongado.

(2) Propiamente Juan Maugin no fué el autor, sino el corrector de esta versión, según declara la portada.

Le premier livre de Palmerin d'Olive, fils du roi Florendos de Macedone et de la belle Griane, fille de Remicius empereur de Constantinople, histoire plaisante de singulière recreation; traduite iadis par un auteur incertain de Castillan en françoys, lourde et inusité, sans art ou disposition quelconque, maintenant reueüe et mise en son entier selon nostre vulgaire par Jean Maugin. Paris, de l'imprimerie de Jeanne de Marnes, veuve de Denis Janot, 1546. Fol.

(3) Así lo afirma el Sr. Garrett Underhill, que ha hecho estudio especial de este fecundo traductor (*Spanish Literature in the England of the Tudors*, p. 294 y ss.). Al parecer, el *Palmerin de Inglaterra* va adicionado con la tercera parte de Diego Fernandes, traducida del italiano por Mambrino de Roseo. El *Primaleón* tiene también una secuela de origen italiano, *Darinea de Grecia*.

(4) *Il Palmerino di M. Ludovico Dolce*. In Venetia appresso Gio. Battista Sessa, M. D. LXI. 4.º (reimpreso en 1597).

Primaleone figliuolo di Palmerino di messer Lodovico Dolce. In Venetia, appresso Gio. Battista et Marchio Sessa fratelli. M. D. LXII. 4.º. Existen ejemplares de esta misma edición con el título y el año cambiados:

L'Imprese et Tornameuti con gli illustri fatti d'arme di Primaleone figliuolo del invitto imperator Palmerino, et di molti altri famosissimi cavalieri del suo tempo. Ridotto in ottava rima da M. Lodovico Dolce di nuovo con diligentia ristampato. In Vinehia M. D. XCVII, appresso Gio. Bat. e Bernar. Sessa.

(5) *Palmerin of England, translated from the portuguese of Fr. de Moraes, by Rob. Southey*. Londres, 1807. Cuatro vols. en 12.º.

No se agotó en los *Amadís* y *Palmerines* la fecundidad estéril de los forjadores de narraciones caballerescas. Más de cien cuerpos de libros grandes de este género tenía D. Quijote, aunque en el escrutinio de su librería no se citan nominalmente más que quince, condenándose los demás en masa al brazo seglar del ama y de la sobrina. Seguramente no eran todos los que existían, y en el curso mismo de la inmortal novela están citados o aludidos algunos más, con los cuales debe contar el que aspire a reunir (empeño casi temerario) lo que suele llamarse la biblioteca de D. Quijote. Pero los hay más peregrinos e inaccesibles todavía entre los omitidos por Cervantes, si bien la mayor parte de ellos no merecen salir de los limbos más oscuros de la bibliografía, a cuyo dominio pertenecen más que al de la historia literaria. Nada podré decir, puesto que nunca he tenido ocasión de leerlas, de las rarísimas historias del *caballero Arderique* (1517), de *D. Clarián de Landanis* (1518), que acaso tenga algún interés para la historia de las leyendas nacionales, puesto que una de las aventuras del héroe es (según se encarece en la portada) «la muy espantosa entrada en la gruta de Hercules (¿la de Toledo?), que fué un hecho maravilloso que parece exceder a todas las fuerzas humanas»; de sus continuaciones *Floramante de Colonia* y *Lidamán de Ganayl* (1528); de *D. Floriseo*, llamado por otro nombre el *Caballero del Desierto*, «el qual por su gran esfuerzo y mucho saber alcanzó a ser rey de Bohemia» (1517), obra del bachiller Fernando Bernal, que no debe de ser de los peores, a juzgar por el romance juglaresco que sobre él compuso Andrés Ortiz (núm. 287 de Durán); de *D. Reymundo de Grecia* (1524), que es del mismo autor de *D. Floriseo* y no menos inaccesible que él; de *D. Valerián de Hungría*, obra del notario valenciano Dionisio Clemente (1540), que, según se dice, contiene alusiones a los hechos de D. Rodrigo de Mendoza, marqués de Zenete, durante la guerra de las Germanías; de *D. Florando de Inglaterra* y sus amores con la princesa Roselinda (1545). Con algún más fundamento podría hablar del *D. Florambel de Lucea*, puesto que poseo un ejemplar algo incompleto de sus tres primeras partes (Sevilla, 1548), pero confieso que todavía no he tenido valor para enfrascarme en su lectura (1).

Dos grandes y famosos historiadores, uno de las Indias Orientales y otro de las Occidentales, honran con sus nombres la bibliografía caballeresca, y prueban que no siempre eran ingenios baladíes los que en estas composiciones se ejercitaban. Gonzalo Fernández de Oviedo, que con el tiempo había de tronar contra la vana lección de los *Amadises* (2), había dado principio a su carrera literaria publicando *El libro del muy*

(1) Tanto las cinco partes del *Florambel de Lucea* como el *Don Valerián de Hungría* pasaron inmediatamente al italiano; las primeras por obra del infatigable traductor Mambrino Roseo (1559-60), el segundo por diligencia de Pietro Lauro (1558). El lugar de impresión fué, como de costumbre, Venecia, que era el gran centro editorial para esta clase de libros.

(2) Son varios los pasajes de las *Quinquagenas* en que se consigna esta reprobación: «Non relates cosas que inciten a pecado; e tales son esas de los caualleros de la tabla rredonda, y otras que andan por este mundo, de Amadis, e otros tractados vanos e fabulosos, llenos de mentiras, e fundados en amores, e luxuria, e fanforrerías, en que vno mata e vence a muchos: e se cuentan tantos e tan grandes disparates, como le vienen al vano çelebro del que los compone, en que hazé desbariar e cogitar a los neçios, que en leellos se detienen, e mueren a esos e a las mugeres flacas de sienes a caer en errores lividinosos, e incurrir en pecados que no cometieran si esas liçiones no oyeran». (P. 233).

*Sancto consejo sería
que dexassen de leer
y también de se vender
esos libros de Amadis.*

«Razon muy grande es, sancto y provechoso, de mucha utilidad y neçessario sería dexar de leer esos libros de Amadis; y que esos ni otros semejantes no se vendiesen, ni los oviese porque es una de las cosas con que el diablo enbauca, e enbelesa y entretiene los neçios y los

esforçado et invencible caballero de la Fortuna propiamente llamado «Don Clariballe» (1519), y Juan de Barros, antes de convertirse en el Tito Livio de las hazañas lusitanas en Oriente, imprimía en su lengua nativa la *Cronica do emperador Clarimundo* (1522), fabuloso antepasado de los Reyes de Portugal, la cual suponía haber traducido del húngaro. Pero contra lo que pudiera esperarse del nombre del autor, y aun del propósito declarado en el título, son muy raras en este libro las alusiones históricas y geográficas (1).

Más notable es bajo este aspecto el «*Don Florindo*, hijo del buen Duque Floriseo de la Extraña Aventura, que con grandes trabajos ganó el castillo encantado de las Siete Venturas, en el qual se contienen diferenciados riebtos de carteles y desafíos, juyzios de batallas, experiencias de guerras, fuerzas de amores, dichos de reyes, assi en prosa como en metro, y escaramuzas de juego e otras cosas de mucha utilidad para el bien de los lectores y plazer de los oyentes» (1530), obra del aragonés Fernando Basurto, de la cual hizo Gayangos un análisis extenso y suficiente. Hay en ella episodios de las campañas de Italia, minuciosas descripciones de fiestas, torneos y pasos de armas, saraos y diversiones populares; reminiscencias de la *Crónica General*, como la noticia de los castillos levantados por los fabulosos reyes Ispan y Pirrus, y lo que es más de notar, aventuras enteramente realistas, del género de *Tirante el Blanco*. El personaje mismo de don Florindo dista mucho de realizar con pureza el ideal caballeresco, y sobre todo se deja arrastrar y vencer constantemente por la pasión del juego. Es, en suma, un héroe degenerado; un aventurero bastante vulgar y más bien un espadachín que un caballero andante.

Mención particular y muy honrosa debe hacerse de la extensa novela que otro aragonés mucho más célebre, el capitán Jerónimo de Urrea, infeliz traductor del *Orlando Furioso*, pero autor del precioso *Diálogo de la honra militar* (2), compuso con el título

aparta de las lecciones honestas y de buen exemplo... Sçiençia, o mal saber, es la de esos libros viçiosos, reprobada por los sabios varones e honestos; e alabada por los vanos e adherentes a la poçilga de Venus... Ya el libro de Amadis ha crecido tanto y en tanta manera, que es un linaje el que dél en libros vanos ha proçedido, que es más copiosa casta que la de los de Rojas, como suelen dezir que porque son muchos acostumburan dezir «mas son que los de Rojas». Y Amadis es tan acrescentado que tiene hijos y nietos, e tanta moltitud de fabulosa estirpe, que parece que las mentiras e fabulas griegas se van passando a España, y asi van creciendo como espuma, e quanto más cresçieren menos valor tienen tales fiçiones; aunque no para los libreros e impresores, porque antes les compran esos disparates, e se los pagan, que no los libros autenticos e provechosos de leçiones fructuosas e sanctas». (Pp. 481-486).

(Las *Quinquagenas de la nobleza de España por el capitán Gonzalo Fernandez de Oviedo y Valdés, alcaide de la fortaleza de Sancto Domingo, publicadas por la Real Academia de la Historia...* Madrid, 1880. Tomo I y único hasta ahora).

(1) También Juan de Barros se arrepintió, andando el tiempo, de este pecado de su juventud, y como grave historiador condenó los libros de caballerías, según puede verse en estas líneas que traduzco de su *Espelho de Casados* (ed. de Tito de Noronha, introd., p. IV): «Cuando los mancebos comienzan a tener entendimiento del mundo, gastan el tiempo en libros innecesarios y poco provechosos para sí ni para otros, como la fabulosa historia de *Amadis*, las patrañas del *Santo Grial*, las simplezas insulsas del *Palmerín*, *Primaleon* y *Florisando* y otros a este tenor, los cuales habian de ser totalmente exterminados porque de ninguna cosa sirven, habiendo tantos otros de que se puede sacar partido, asi como de San Agustín y de San Jerónimo y de Seneca, y para pasar el tiempo en mayores hazañas que las de *Esplandian*, lean a Livio, Valerio, Curcio, Suetonio, Eutropio y otros muchos historiadores, donde se hallarán mayores hazañas provechosas para los que desean saber, y ademas avisos y muy necesarias doctrinas». Hay edición asequible y moderna del *Clarimundo* (Lisboa, 1790, cuatro tomos en 8.º).

(2) Compuso además un poema inédito (y digno de estarlo), *El Victorioso Carlos V*, cuyo argumento es la guerra del Emperador contra los protestantes alemanes. Tradujo, como a su tiempo veremos, la *Arcadia* de Sanazaro y el *Caballero Determinado* de Olivier de la Marche. Se ha perdido una novela original suya, al parecer del género pastoril, *La famosa Epila*.

de *don Clarisel de las Flores*, obra todavía inédita en su mayor parte (1), pero ya estudiada con toda minuciosidad y conciencia por el difunto catedrático de la Universidad de Zaragoza don Jerónimo Borao en una apreciable memoria (2). Si se atiende a los méritos del estilo puro, abundante y lozano, y a veces muy expresivo y pintoresco, a la prodigiosa riqueza y variedad de incidentes y aventuras, y al interés y amenidad de algunas de ellas, *don Clarisel* es uno de los mejores libros de caballerías y de los que pueden leerse con menos trabajo: vale bastante más que el ponderado *Palmerín de Inglaterra*, y si no puede hombrarse con el *Amadís* y el *Tirante*, porque le falta la originalidad creadora de aquellos y es fruto tardío de una moda literaria que comenzaba a decaer, debe ser citado inmediatamente después de ellos, a pesar de la falta de consistencia de los caracteres y del embrollo desmesurado de la fábula, que llega a convertirse en un laberinto. Pero si se considera aisladamente cada relato de los que en esta maraña se cruzan, hay muchos que agradan y entretienen. Como podía esperarse de un traductor del Ariosto, se inspira Urrea en su poema tanto e más que en los libros de caballerías indígenas, aunque también reproduce las principales situaciones del *Amadís*. El episodio de Astrafélix, por ejemplo, corresponde al de Briolanja, si bien la infidelidad de don Clarisel (llamado entonces el *Caballero del Rayo*), a su amada Felisalva, resulta involuntaria por haber sido maleficiado el caballero con una yerba mágica que le propinó, a instancias de la apasionada princesa, la anciana Sofronisa. Las reminiscencias del *Orlando* son tan continuas que imprimen carácter al libro (3) y explican la liviandad de algunos trozos. A veces se inspira también en la comedia latina o italiana: la estratagema de que se vale Belamir para engañar a Lirope, transformándose por arte de nigromancia en la figura de su esposo el duque de Silesia, es la misma en que está fundado el *Amphitruon* de Plauto, con todas sus imitaciones, haciendo aquí el mayordomo Rustán el papel de Sosia.

Además de estos elementos, o nuevos o poco usados en esta clase de libros, Urrea introdujo, en mayor escala que sus predecesores (exceptuando a Feliciano de Silva), la orma poética que en el *Amadís* se inicia tímidamente con dos canciones. Todos los

(1) *Primera parte del libro del invencible caballero Don Clarisel de las Flores y de Austrasia, escrito por D. Jerónimo de Urrea, caballero aragonés*. Sevilla, 1879. (Publicado por la Sociedad de Bibliófilos andaluces). No comprende este tomo más que los XXV primeros capítulos de los XCII de la primera parte de *Don Florisel* contenida en el códice del Sr. D. Francisco Caballero Infante, que sirvió para la publicación. Las partes segunda y tercera, que ocupan sendos volúmenes en folio, de la misma letra que el primero, se conservan en la biblioteca de la Universidad de Zaragoza, y de ellos da cabal idea la Memoria del Sr. Borao.

(2) *Noticia de D. Jerónimo Jiménez de Urrea, y de su novela caballeresca inédita Don Clarisel de las Flores, por D. Jerónimo Borao...* Zaragoza, imp. de C. Ariño, 1866.

(3) Casi todas estas imitaciones del *Orlando* están hábilmente agrupadas por el Sr. Borao (p. 124 de su Memoria): «Aquella Cristilena tan ingrata con Orfelín después de haber sabido tan por sí propia su amor, y aquella Aquilina, tan infamemente desleal con su esposo Silván, recuerdan a Lidia, princesa de ese reino, que mata a desaires al gran guerrero Alcestes después de haberle obligado a trabajos como los de Hércules; aquella Coronea, reina de los palacios de Plutón; aquella Verecundia, señora de los Valles del Deleite, y aquella Recisunda, reina goda que mantenía costumbres intolerables contra los hombres, recuerdan a la Orontea del canto XX y a la Marfisa de los cantos XIX y XXXVIII; aquella celada resplandeciente de que se apoderó valientemente Clarisel recuerda el escudo deslumbrador con que Ruger venció a la orca que iba a devorar a Angélica; aquellas rosas blanca y roja del sabio Altineo, que denotaban con sus cambios de color la lealtad o deslealtad de la mujer ausente, recuerdan el vaso de Melisa que, bebido sin derramarse el líquido, anunciaba fidelidad; aquella flecha de París y aquella yerba de Astrafelis, que hacían olvidar el antiguo amor e inclinaban a otro nuevo, recuerdan la fuente helada en que bebió Reinaldo, de que resultó desdenar a Angélica; aquel fruto olvidador de Escocia recuerda la otra fuente en que el desdén, en forma de caballero, hizo beber al mismo Reinaldo».

versos intercalados en *Don Clarisel* son de arte menor, versos de Cancionero, en los cuales era Urrea tan aventajado como torpe en los endecasílabos. De Juan del Enzina parecen, por ejemplo, estas coplas pastoriles:

¿Qué haces aquí en el prado,
Ciego Amor?
Anda, vete a lo poblado,
A dar dolor.
Deja libres nuestras flores,
Y claras las fuentes frías;
Tus fuerzas y tus porfias
Muestra a los grandes señores.
Deja los simples pastores,
Ciego amor;
Que es vileza a los cuitados
Dar dolor.

El lindo romance que canta en Nápoles la artificiosa Faustina para atraer a Belamir al estanque, donde le deja burlado, está ya en la manera lírica que prevaleció a principios del siglo XVII, aunque todavía no impera sola la asonancia:

Decidme, oh vos, blancos cisnes,
Los que gozais de las aguas,
¿Cómo podreis defenderos
De las amorosas llamas?
Plegue al amor que vos junte
En sombras de verdes ramas,
Donde goceis para siempre
Una vida dulce y blanda,
Sin temer que se os enturbien
Esas vuestras olas mansas.
Salid, oh cisnes, de entre ellas
Que las vereis alteradas,
Y de un gran fuego amoroso
Encendidas y abrasadas.
Dejad que se apague en ellas
Ansia tan desordenada.

Después del *D. Clarisel de las Flores*, apenas se encuentra ningún libro de caballerías que traspase la raya de lo vulgar y adocenado. El apogeo de esta literatura corresponde a la primera mitad del siglo XVI, es decir, al reinado del emperador Carlos V. Todavía dentro de él hay que mencionar el *Lepolemo* o *Caballero de la Cruz* (1521), del cual dijo donosamente Cervantes: «Por nombre tan santo como este libro tiene, se podía perdonar su ignorancia; mas también se suele decir tras la cruz está el diablo: vaya al fuego». No es de los más disparatados de su clase, y las aventuras tienen cierta sensatez relativa, pero es sin duda de los más insulsos. Su autor, que se llamaba al parecer Alfonso de Salazar (1), le supuso traducido de original arábigo com-

(1) Así parece que constaba en la primera edición, sólo conocida hasta ahora por la anotación del *Registrum* de D. Fernando Colón: «Crónica de Lepolemo llamado el Cavallero de la Cruz, hijo del emperador de Alemania, compuesta en arábigo por Xarton y trasladada en castellano por Alonso de Salazar. Valencia, 1521, a 10 de abril».

En Valencia terminó otra impresión del mismo libro Juan Jofré, a 2 de septiembre de 1525, y en ella se advierte que «fué mejorado y de nuevo reconocido por el bachiller Molina», que será probablemente el traductor bien conocido de los *Triunfos* de Apiano, de las Epístolas de San Jerónimo y de otras varias obras.

puesto por el cronista Xarxon, lo cual acaso dió a Cervantes la idea de su Cide Hamete Benengeli. El sevillano Pedro de Luxán, a quien ya conocemos como autor de *D. Silves de la Selva*, añadió al *Lepolemo* una segunda parte, en que se trata de los hechos de su hijo *Leandro el Bel* «según lo compuso el sabio rey Artidoro en lengua griega». Aunque ambos libros están regularmente escritos, se perdieron muy pronto entre el farrago de libros caballerescos.

Sólo por ser labor femenina puede hacerse mérito del *Don Cristalián de España*, que publicó en 1545 doña Beatriz Bernal, dama de Valladolid, parienta acaso del bachiller Fernando Bernal, autor del *D. Floriseo* (1). Sólo por la circunstancia de estar mencionados en el *Quijote* hay todavía quien recuerde el *D. Cirongilio de Fracia*, de Bernardo Vargas (1545); el *Felixmarte de Hircania*, de Melchor Ortega, vecino de Ubeda (1556); el *D. Olivante de Laura*, de Antonio de Torquemada (1564), que Cervantes llamó *tonel*, aunque es de moderado volumen para libro en folio; el *D. Belianis de Grecia*, «sacado de lengua griega, en la cual la escribió el sabio Friston por un hijo del virtuoso varón Toribio Fernandez» (1547), con el cual mostró el cura benignidad inusitada, condenándole sólo a reclusión temporal y recetándole «un poco de ruibarbo para purgar la demasiada colera suya», por la cual eran sin cuenta las heridas que daba y recibía: hasta ciento y una, todas graves, contó Clemencín sólo en los dos primeros libros. Pero a todos éstos vence en lo prolijo, absurdo y fastidioso el *Espejo de príncipes y caballeros*, que para no confundirle con el *Espejo de caballerías*, citado en otra parte (compilación del ciclo carolingio), suele designarse con el nombre de *El Caballero del Febo* o *Alphebo*, aunque no solamente trata de él, sino de su padre el emperador Trebacio, de su hermano Rosicler, de su hijo Claridiano, de D. Polipebo de Trinacria y de otros muchos paladines y hasta belicosas damas, viniendo a formar todo ello una vasta enciclopedia de necedades, que llegó a constar de cinco partes y más de dos mil páginas a dos columnas en folio; labor estúpida a que sucesivamente se consagraron (desde 1562 hasta 1589 y aun más adelante) varios ingenios oscuros, tales como el riojano Diego Ordóñez de Calahorra, el aragonés Pedro de la Sierra y el complutense Marcos Martínez (2).

Estas obras monstruosas y pedantescas (3) marcan el principio de la agonía del género, cuyo último estertor parece haber sido la *Historia famosa del príncipe don Policisne de Beocia, hijo y único heredero de los reyes de Beocia Minandro y Grumelda*; por D. Juan de Silva y Toledo, señor de Cañada-hermosa; impreso en Valladolid, 1602, en visperas, como se ve, de la aparición del *Quijote*; después del cual no se encuentra ningún libro de caballerías original, ni reimpresiones apenas de los antiguos.

(1) Obtuvo, más bien que mereció, los honores de una traducción italiana, que apuntaré porque no la registran nuestras bibliografías:

«Istoria di Don Cristaliano di Spagna, e dell' Infante Lucescano, suo fratello, figliuoli dell' Imperatore di Trabisonda, tradotta dallo Spagunolo nelle lingua Italiana, novamente ristampata e con somma diligenza corretta. Venezia, apresso Lucio Spineda: 1609». Dos tomos en 8.º. Es segunda edición como se ve. También el original castellano tuvo dos (Valladolid, 1545; Alcalá de Henares, 1586).

(2) En el *Romancero Historiado* de Lucas Rodríguez (Alcalá de Henares, 1585) hay trece romances largos y desmayados sobre las aventuras del Caballero del Febo (núm. 338-350). *El Castillo de Lindabridis*, comedia de D. Pedro Calderón, funda también su argumento en un episodio del *Espejo de príncipes*.

(3) Fácil sería adicionar con más títulos esta lista, pero todos o casi todos constan en el catálogo de Gayangos. Mencionaremos sólo el *Don Philesbian de Candaria*, de autor desconocido (1543), por ser casi el único libro de caballerías que se cita en el *Quijote* de Avellaneda.

Toda esta enorme biblioteca desapareció en un día, como si el mágico Fristón hubiese renovado con ella el encantamiento de la del ingenioso hidalgo.

Aunque escritos en verso, deben incluirse entre los libros de caballerías, más bien que entre las imitaciones de los poemas italianos, el *Celidón de Iberia*, de Gonzalo Gómez de Luque (1583); el *Florando de Castilla, lauro de Caballeros*, del médico Jerónimo Huerta (1588), y la *Genealogía de la Toledana Discreta*, cuya primera parte, en treinta y cuatro cantos, publicó, en 1604, Eugenio Martínez, no atreviéndose sin duda a imprimir la segunda por justo temor a la sátira de Cervantes, que acaso influyó también en que quedasen inéditas otras tentativas del mismo género, como el *Pironiso* y el *Canto de los amores de Felis y Grisaida* (1). De estos poemas, el más interesante es sin duda el del licenciado Huerta, que andando el tiempo llegó a ser hombre insigne en su profesión y docto intérprete y comentador de Plinio. Si no hay error en la fecha de su nacimiento, y realmente imprimió el *Florando* a los quince años (2), la obra es maravillosa para tal edad, aunque poco original y muy sembrada de imitaciones literales de Ovidio, Ariosto, Garcilaso, Ercilla y otros poetas antiguos y modernos. Tiene el *Florando* la curiosidad de estar escrito, no todo en octavas reales, aunque éstas predominan, sino en variedad de metros, sin excluir los cortos; género de *polimetría* que no recordamos haber visto en ningún otro poema con pretensiones de épico hasta llegar a los románticos del siglo XIX. Tiene también la de contener (en el canto noveno) una de las más antiguas versiones conocidas del tema de los *Amantes de Teruel* (trasplantación aragonesa de un cuento de Boccaccio). Finalmente, es digno de notarse, y puede no ser casual, la coincidencia que presentan las palabras de D. Quijote vencido en Barcelona por el caballero de la Blanca Luna, con las que pronuncia Ricardo rendido por Florando en el último canto del poema:

Viendose ya vencido, dice: Acaba,
Caballero feroz, de darme muerte;
Que este es el fin honroso que esperaba
De un brazo como el tuyo, bravo y fuerte.
Vencido soy, mas lo que sustentaba
No me haras negar de alguna suerte;
Bien puedes de la vida ya privarme,
Pues tengo de morir, y no mudarme.

Por estas particularidades, así como por la fluidez de la versificación, que en algunos trozos llega a la elegancia, y por las proporciones no exageradas del poema, resulta de lectura bastante apacible el *Florando de Castilla* y merece la reimpresión que de él se hizo en nuestros días.

(1) *El Satreyano de Martín Caro del Rincon, pagador de artillería de la Real Magestad, es qual trata de los valerosos hechos en armas y dulces y agradables amores de Pironiso, príncipe del Satreia y de otros caualleros y damas de su tiempo. Dirigido al ilustrísimo señor don Juan Manrique de Lara, señor de la villa de San Leonardo y su tierra* (son 49 cantos en octava rima). Existe manuscrito en la Biblioteca Nacional, donde se halla también, procedente de la de Segovia, el *Canto de los amores de Felixis y Grisaida*, que es un poema en 19 libros, de autor anónimo.

(2) En la última octava da a entender que ya era médico, y parece imposible que a tal edad lo fuese:

Mas porque mis cuidados y fatiga,
Y el acudir forzoso a mi ejercicio,
Que es conservar las vidas, más me obliga,
Dejo a los más ociosos este oficio...

Debe de haber equivocación en la fecha de su nacimiento, que Morejón y otros fijan en 1573. El *Florando de Castilla* fué reimpreso por D. Adolfo de Castro en el tomo de *Curiosidades bibliográficas* de la colección Rivadeneyra.